

ELLOS SON LOS PROTAGONISTAS



Padres cargados con las mochilas de sus hijos mientras ellos van con las manos en los bolsillos, cumpleaños en los que se invita a toda la clase porque todos son amigos, protestas ante un suspenso, indignación ante una nota del profesor en la que se informa a los padres sobre una conducta inadecuada del hijo, actuaciones bochornosas en las competiciones deportivas de los hijos...

Estas situaciones que, por desgracia, se prodigan cada día más en los colegios, son un

claro ejemplo, de los muchos que podríamos poner, de una de las anomalías educativas que más está proliferando en los últimos años: **la sobreprotección.**

La sobreprotección, ese afán por evitar que nuestros hijos sufran cualquier daño físico o emocional por mínimo que sea, es algo que está muy presente en la sociedad actual. Es una clara desviación educativa provocada por el vínculo emocional que une de una manera especial a los padres con sus hijos.



La educación es un arte y uno de sus retos más difíciles es saber hasta qué punto un padre puede meterse en la vida de un hijo, averiguar cuándo le debe prestar ayuda y cuándo dejar que sea él solo el que se *saque las castañas del fuego*. Es doloroso ver a un hijo en una situación difícil, pero tenemos que comprender que debe crecer y lograr su autonomía.

En todas las situaciones y circunstancias de la vida social vemos de manera permanente la actitud protectora de los padres. Casi siempre con fines muy nobles, tratando de evitarle un sufrimiento o una sensación de fracaso que afecte a su autoestima. Esto ya supone un problema en sí mismo, que se acrecienta cuando los padres buscan *culpables externos* ante situaciones como un castigo, una reprimenda escrita del profesor, un examen con una nota baja, un conflicto con amigos etc..., y eliminan de su hijo cualquier responsabilidad ante estos hechos.

Aquí es donde tenemos el gran problema. Con esta actitud consiguen que no aprenda y no

se forme en una cualidad, en una virtud o en un valor tan básico para su futuro como es la **responsabilidad** y el saber asumir las consecuencias de sus acciones.

¿Y quiénes son esos culpables externos? Tenemos un amplio abanico. Los más habituales son los amigos, los primos, la televisión... y, en el ámbito colegial, los profesores. Pero estos no son los únicos. En algunas ocasiones son los propios padres los que se autoinculpan y se responsabilizan de los errores de su hijo con tal de evitarle un posible *trauma*. Peor y más peligrosa por sus consecuencias es la situación en la que uno de los miembros del matrimonio culpa al otro, provocando un enfrentamiento que rompe o anula algo tan esencial para la educación de un hijo como es la unidad de criterio.

Quiero dejar claro que más que efectos, diremos *posibles* efectos de la sobreprotección, porque en esta cuestión no hay ciencias exactas. Ahora bien, hay que tener claro, que practicando este estilo educativo, aumentamos

mucho las posibilidades de que nuestros hijos sufran algunas de las siguientes **consecuencias**, que como veremos van encadenadas:

La primera es la **dependencia excesiva**, consecuencia lógica, ya que hemos acostumbrado al niño desde su más tierna infancia a hacer las cosas por él o a estar permanentemente a su lado. Esta dependencia le dirige hacia una **inseguridad en sí mismo**, una falta absoluta de confianza. Es decir, es esta dependencia, y no los malos resultados, la que ataca directamente a su autoestima, ya que considera desde sus primeros años que es incapaz de lograr nada por sí mismo. En esta misma línea estaremos provocando en nuestro hijo una total **falta de iniciativa** propia y un **inadecuado desarrollo de la creatividad**.

Posiblemente desarrollará una **incapacidad para asumir responsablemente las consecuencias de sus actos**, ya que son sus padres, sus profesores, sus amigos u otros los que suelen asumirlas.

Con el paso de los años nuestro hijo, ante situaciones importantes, irá manifestando y sufriendo **sentimientos de inutilidad**, que se plasmarán de manera gráfica y relevante en su **dificultad para la toma de decisiones**. En la vida profesional se manifiesta en la incapacidad de asumir responsabilidades y en la necesidad de ocupar puestos de trabajo en los que sean dirigidos de manera clara por otro. En la vida familiar, buscan como complemento para compartir su vida, hombres o mujeres con carácter que asuman totalmente el papel de autoridad y dirijan los rumbos del matrimonio.

Fruto de la sobreprotección es posible que se vuelvan **egocéntricos y tiranos con todo su entorno**. Como consecuencia de esto, en nuestra sociedad están aumentando de manera alarmante niños que sufren el llamado *síndrome del emperador*: el maltrato físico o psíquico de los hijos hacia los padres. Este problema se caracteriza por un comportamiento agresivo, verbal o físico, conductas desafiantes y violación de las normas y límites familiares.

Todas estas circunstancias llevan, con el paso del tiempo, a nuestros hijos a sufrir una clara tendencia al **pensamiento negativo y al pesimismo**. Y como consecuencia de esto tienen una predisposición mayor de padecer **depresión** y trastornos afectivos.

La vida no es un camino de rosas y los hijos tienen que asumir que en ella habrá pequeños y grandes fracasos que les van a hacer sufrir y tienen que ser capaces de sobreponerse a estas situaciones.

Hay que dejar que nuestros hijos se enfrenten a las dificultades y a los problemas, para hallar la solución por sí mismos. En este caso, no les dejaremos solos, les enseñaremos, les acompañaremos y les apoyaremos para que lo logren.

Debemos tratarles de acuerdo a su edad. Es decir, tienen que ser capaces de llevar a cabo las tareas propias de su edad. No debemos caer en el error de retrasar la exigencia. Tenemos que ser conscientes de que, en efecto son pequeños, pero no tontos... y por tanto pueden asumir tareas en el hogar desde muy temprana edad. Destacamos en este punto la grandeza educativa de los *encargos* en casa.

Es muy importante educar su **tiempo libre**. Resulta muy llamativo que los padres que más abusan de la sobreprotección son los que dejan incorporarse antes a sus hijos a la *movida*, por no provocarles un aislamiento del grupo o una tara en su socialización, sin valorar los peligros que tiene ese mundo sin una madurez suficiente.

Ayudarles cuando lo necesiten, pero no solucionarles siempre los problemas. En el caso del estudio es muy gráfico. Todos los alumnos, salvo aquellos que tienen algún problema diagnosticado, son capaces de estudiar y realizar sus tareas solos. Si no entienden algo, para eso está el profesor de la asignatura.

Nuestra tarea y obligación es poner en manos de nuestros hijos todo lo necesario para que



puedan llevar a cabo su labor académica. Pero no es necesario ni aconsejable estudiar con ellos. Esto implica educar en libertad y, por tanto, aceptar por un lado la posibilidad de que nuestro hijo haga mal uso de esa libertad y, por otro, las consecuencias.

Tiene que haber unos **límites claros en casa**, no se les debe dar todo lo que pidan. Tenemos que ser conscientes de que los niños son insaciables. Cuando ya tienen lo que quieren fijan rápidamente un nuevo objetivo. Ya no les llena el móvil que les hemos comprado, ni el viaje a Venecia, ni el esfuerzo que hemos hecho una tarde por ir a jugar al tenis con ellos. Todo pierde rápidamente su valor.

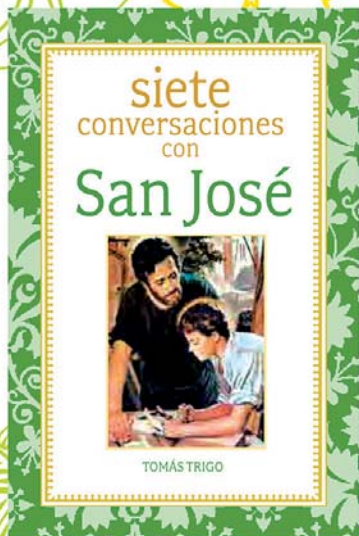
Ser exigentes con las tareas a realizar en el hogar - hacer la cama desde pequeños, tener su cuarto ordenado...-, con el cumplimiento de un horario de estudio, de salidas con los amigos, del uso del ordenador, redes sociales y televisión. En consecuencia, ser exigentes en la educación del **orden**.

Los hijos no sufren por ser exigidos. Es más, necesitan que sus padres les pongan esos límites que ellos son incapaces de establecer.

No puedo evitar, por deformación profesional, obviar cuál debe ser nuestra actitud ante conflictos en el colegio con otros compañeros o con profesores. La primera regla y más importante es no hablar mal de los profesores delante de nuestros hijos. En ese momento estaremos dinamitando el valor de la autoridad, tan importante también para su futuro en todos los ámbitos.

Por último, tener claro que tanto de las *buenas acciones*, como de las *malas*, el verdadero protagonista es él. Él es el responsable de sus acciones. Y sólo así aprenderá. **¡Dejémosles ser protagonistas!**

Fernando Sopena Pérez-Argüelles
Director del colegio
Montessori de Salamanca



¡SAN JOSÉ, GRACIAS!

Querido hijo mío:

Antes de nada, debes saber que te quiero muchísimo. Después de Dios y María, soy la persona que más te quiere. Espero que estas conversaciones te sirvan para que crezca tu amistad conmigo, una amistad que ha durar para siempre.

*San José, mi Padre y Señor, me llama la atención la facilidad con la que reconoces y asientes a la Voluntad de Dios. Quizá el secreto de tu **fe** y de tu **obediencia** está en las palabras del Evangelio: Era justo.*

También Dios tiene un plan para ti. Te puedo asegurar una cosa: aunque el egoísmo o la soberbia te digan lo contrario, solo serás feliz en la vida si eres **fiel** a ese plan. Hoy le pido a Jesús para ti, y para todos los hombres, un corazón limpio y enamorado de Él, a fin de que puedas conocer con claridad qué quiere de ti en cada circunstancia de tu vida y lo pongas por obra.

San José, mi Padre y Señor: Siempre he oído que, con su nacimiento en un

*establo, Jesús quiere enseñarnos, desde el primer instante, a amar la **pobreza**. Tú, que eres maestro de todas las virtudes, enséñame y ayúdame a ser pobre de verdad.*

Querido hijo, la pobreza es, antes de nada, pobreza de espíritu y consiste en reconocer sinceramente que sin Dios no somos nada, no podemos nada y no tenemos nada. Es poner todo nuestro corazón en Dios, porque es el único y verdadero tesoro. **Es confiar absolutamente en Él.**

*San José, mi Padre y Señor: ¡Eres humilde! El centro de atención de tu hogar se llama Jesús. Después está María. La **humildad** es la condición de todas las virtudes. Es aceptar la verdad*

